

# **Conceptos primordiales del estudio de la interpretación:**

## **1.1 La voz y el canto, autopistas hacia el cerebro:**

Si hay una manera de llevar una idea musical desde el exterior de nuestro cuerpo hacia el interior de nuestro cerebro el mejor vehículo será la voz, el canto, el silbido, la percusión corporal, etc.

Si hay una manera de expresar una idea musical que surge de nuestro cerebro hacia el exterior la más real será de nuevo la voz, el canto, el silbido, la percusión corporal, etc.

Creo que no dedicamos el tiempo suficiente a desarrollar nuestras habilidades musicales lejos de nuestro instrumento. Hay muchísimos músicos que no pueden cantar una melodía, que no pueden cantar lo que tocan y que, lógicamente, no podrán tocar lo que canten. Esto nos hace desaprovechar una autopista de la información que crea nuestro propio organismo.

Cuando cantamos o silbamos o lo que sea que hagamos estamos creando un bucle musical con nuestro organismo: la idea se genera en el cerebro, nuestras cuerdas vocales la reproducen, nuestros oídos la captan y nuestro cerebro la analiza. ¡Y todo eso gratis y sin salir de casa! Imagina cuántas cosas se pueden estudiar, componer, recrear, etc., sin necesidad de un instrumento.

De igual manera, podemos reforzar prácticamente todos los aspectos de nuestra “vida musical” utilizando las herramientas de nuestro propio cuerpo, lo que hace “prescindible” el instrumento, la sala insonorizada y todas esas cosas que en su ausencia nos “invitan” a no practicar o estudiar, componer, etc.

En los siguientes capítulos insistiré sobre este tema adecuándolo a cada situación.

## **1.2 La memoria:**

Una de las cosas que más me ha ayudado en estos últimos tiempos ha sido la utilización de la memoria como herramienta. Me explico. El recuerdo, tras grabarse en el cerebro, nos traslada a sitios antes vividos y experimentados, de ahí la tristeza que nos produce el recuerdo de los seres queridos perdidos, o la alegría de una situación alegre vivida con anterioridad. Hasta ahí todo claro, pero podemos utilizar la memoria también como instrumento externo que nos indique el camino. Supongamos que vamos a empezar nuestro día con nuestro instrumento: si recuerdas el más hermoso sonido que jamás hayas oído con un instrumento como el tuyo y eres capaz de recordarlo, tu primera nota será mucho más placentera de lo habitual y más cercana a tu propio ideal. De igual manera, si recuerdas los movimientos, el lugar, el momento en el que estuviste con tu maestro mientras éste te mostraba un ejercicio concreto, la ejecución de ese ejercicio por tu parte será mucho más satisfactoria de lo que sería sin este proceso.

Arnold Jacobs (tubista de entre otras la Chicago Symphony, reconocido pedagogo e investigador del funcionamiento del cuerpo en la interpretación en los instrumentos de metal) acostumbraba a decir que lo más importante es tener una idea de “buen sonido”: no es tan importante el saber cómo conseguirlo, si es que alguien lo sabe, sino el tener ese sonido en tu cabeza de manera que siempre puedas observarlo.

Yo pienso que hay que tener una colección de sonidos, personalidades (musicales), patrones interpretativos que te permitan “cambiar de personalidad” a tu antojo.

De esta manera y al igual que con la voz, llega un momento en que la figura del profesor o maestro puede desaparecer para dejar paso a nuestra propia experiencia (que debe ser la meta de todo músico, desarrollar la propia voz y la propia personalidad).

## **1.3 El pensamiento musical:**

Quizás la clave del éxito y la diferencia entre los que llamamos genios y el común de los mortales sea el pensamiento musical.

La mayoría de los músicos a los que admiro por su capacidad “técnica” tienen algo en común: carecían de profesor de su propio instrumento pero en su casa había alguien que tocaba un instrumento de manera “*amateur*”<sup>1</sup>. Sus primeros pasos con su instrumento fueron alejados de los conceptos “bien o mal”, “correcto o incorrecto”, “practicar-estudiar”, simplemente intentaban imitar la música que oían en la radio, televisión, conciertos o lo que quiera que fuera. No tenían, al menos como yo la entiendo, una preocupación técnica, tocaban por diversión, experimentaban con el sonido, trataban de hacer cosas imposibles -quizá sin saberlo-. Es decir, eran niños que jugaban<sup>2</sup> con la música y que su única preocupación en cuanto a esta se refiere, era “hacer” música.

Yo, y seguramente casi todos nosotros, he sufrido -y recalco sufrido-, la enseñanza de un instrumento totalmente alejada de conceptos musicales. Una enseñanza basada en lo físico antes que en lo espiritual y en la que la instrucción era más parecida a lo militar que a lo artístico. Una enseñanza que basa su validez en los conocimientos acerca de cómo funciona el cuerpo por parte del profesor (y especialmente en cómo le funciona a él).

Desde hace un tiempo yo estoy experimentando con todo lo contrario, con unos resultados, al menos para mí, espectaculares.

De nuevo Arnold Jacobs nos pone un buen ejemplo de esta cuestión: compara la conducción de un automóvil con la interpretación de un instrumento; un coche está compuesto por miles de piezas que en su conjunto hacen que funcione, el pretender entender cómo funciona cada una de ellas sería una tarea titánica. Uno puede conducir un coche sin necesidad de saber cómo funcionan esas piezas: el coche ya tiene incorporado un sistema sencillo de manejo que controla todo los procesos, este sistema está diseñado para un uso efectivo y fácil.

En la interpretación pasa lo mismo: preocupándonos de la cantidad de músculos, movimientos y partes relajadas que son deseables para tocar un instrumento, que es lo

---

<sup>1</sup> Palabra cuyo origen es amor, amante.

<sup>2</sup> Tocar, en el sentido de hacer música con un instrumento, es, en muchas lenguas representado con la misma palabra que define al juego lúdico (to play, en inglés)

que la pedagogía tradicional enseña, no podrás nunca preocuparte de la música, ni siquiera del sonido. Nuestro cuerpo está dotado de un sistema de manejo igual de sencillo que el de un coche, o incluso más; el cerebro responde a órdenes muy sencillas, siempre y cuando tengamos claras cuáles han de ser estas órdenes. Dando las pertinentes directrices al cerebro, el cuerpo responde de manera inmediata; obviamente no podemos ordenar al cerebro que mueva y relaje una serie de músculos: simplemente -al igual que en un coche no controlas la mezcla de gasolina y aire, simplemente aceleras- tendremos que ordenar conceptos musicales, el cuerpo ya sabe cómo hacerlo, cuanto más claro es el concepto mejor será la respuesta.

En los siguientes capítulos abundaré en este particular con ejemplos concretos.

#### **1.4 Planificación:**

Tan importante como todo lo anterior es saber qué estudiar y cuándo.

Llega un momento en tu vida como intérprete en que puedes echar la vista atrás y ver todo lo que has aprendido y lo que necesitas hacer para mantener ese estado de forma. De igual manera puedes mirar hacia delante y ver todo lo que aún te falta por hacer.

Normalmente entre lo aprendido y lo que queda por aprender existe un desequilibrio en el que lo menos pesado es lo ya conseguido, por eso es necesario tener muy claro qué cosas necesitamos estudiar y hacer una planificación de éstas, ya que sin un plan nuestro estudio se volverá caótico, lo cual no es necesariamente malo, pero si ese caos es continuado se convertirá en contraproducente. Soy de la opinión, al menos a mí me funciona, de que un buen plan siempre ayuda, aunque obviamente no garantiza el éxito (entendamos por éxito la sana satisfacción con lo hecho).

Un buen plan debe contener todos los aspectos relativos a la interpretación: **todos**, no debe obviar ninguno. Hacer una lista con todas las cosas que debes practicar y tratar de hacerla cada semana es una buena idea.

Algo en lo que debemos pensar más a menudo, y hacer nuestro plan también en función de ello, es que un porcentaje mínimo de trombonistas (o músicos en general) de primer nivel desarrollan su carrera como intérpretes solistas, ya sea como líderes o como *sidemen*: de hecho la mayoría dedica gran parte de su tiempo al trabajo de atril y no necesariamente de jazz. Por esto debemos trabajar al menos en un sesenta por ciento como si fuéramos trombonistas “clásicos” (odio hacer esta distinción pero es la única manera de entender el concepto), de tal manera que gran parte de nuestro tiempo de estudio debe estar dedicado a los fundamentos, rudimentos, técnicas básicas o como se quiera llamar al dominio *suficiente* de las habilidades necesarias para realizar nuestro trabajo.

Esta práctica debe ser llevada al extremo en todos los sentidos, de manera que no seamos sorprendidos ante ninguna circunstancia.

Un buen sistema es otorgar a cada materia un tiempo, más o menos determinado, pero no más del tiempo máximo de concentración, no más de 45 minutos (y preferiblemente entre unos 20-25 minutos) y después de esta materia pasar a otra: el éxito de este planteamiento es buscar metas sencillas -alcanzables cada día-, no la perfección, y además conseguir el no aburrirse estudiando -y mejorar la autoestima y la autoconfianza-. Por ejemplo: supongamos que estamos estudiando cómo mejorar nuestro sonido en el registro grave. La meta no será hacerlo bien durante el tiempo de estudio, sino mejorar. Esto puede parecer una obviedad, pero ahorra mucha frustración y, como dice Bart Van Lier, “si mejoras un uno por cien hoy, sólo te quedan noventa y nueve días para lograr la perfección”. Creo que esta manera de pensar ayuda a llevar el estudio con felicidad en lugar de con sacrificio, evita la obcecación, se tiene el sentimiento de aprovechar más el tiempo y además cada día tienes más tiempo para hacer más cosas distintas.

Al menos yo, ahora disfruto estudiando.

### **1.5 Autoestima (desarrollo sostenible).**

Pienso que una de las cosas imprescindibles a la hora de hacer música es tener una relación estrecha y sana contigo mismo, tener un equilibrio entre lo que eres, lo que

haces, lo que te gustaría ser y lo que te gustaría hacer. A veces este equilibrio resulta difícil, frustrante o ambas cosas a la vez.

Tendemos a esperar más de nosotros mismos de lo que realmente estamos dispuestos a hacer, hacemos premoniciones sobre nosotros mismos que sabemos que no se cumplirán, creamos metas a las que nos asusta llegar, etc.

Básicamente lo que hacemos es pensar demasiado en nosotros mismos.

Bien, todo esto, y muchas más cosas que nos suceden, tiene que ver con la autoestima (véase EGO), la confianza que tenemos en nosotros mismos, el valor que le damos a nuestra propia experiencia y la manera en la que hemos decidido vivir nuestras vidas.

Hace unos cuatro años empecé a interesarme por este tema movido por mi incapacidad para disfrutar de la música que tocaba. No diré que haya resuelto todos mis problemas, pero al menos sí que puedo decir que soy más feliz que antes y que he vuelto a disfrutar en algunas ocasiones de la música que toco (y escucho).

Comencé a interesarme por el *Zen*, y el pensamiento oriental en general, e intenté buscarle aplicaciones al estudio de un instrumento y de la música; conseguí entender algunos de mis temores pero no superarlos, no al menos en la medida en que me hubiera gustado, pero pensaba -estaba convencido- que ése era el camino.

En este último año el cambio ha sido, para mí, espectacular, ya que por primera vez me he encontrado con alguien que tenía esas mismas inquietudes -con respecto a la meditación, al *Zen*, etc.- y que además es un virtuoso del instrumento, pero no el típico virtuoso que empieza a destacar con quince años, familia de músicos, etc., sino una persona que ha tenido que trabajar muchísimo para conseguir su nivel, que ha tenido que trabajar de manera casi autodidacta.

Esta persona es Bart Van Lier y con él he aprendido más sobre la música en cinco sesiones que en toda mi vida anterior.

Pero lo más importante que he podido aprender de su filosofía es que hay que respetar a la música, servir a la música, no “tocar” música: “ser” música, tocar cada nota

con el mejor sonido que tienes, cantar a través del instrumento, dejar que la música salga de tu interior, no empujarla.

No es un reto, es una obligación con el mundo, no importa si te gusta lo que tocas o no, tu responsabilidad como “chamán”, como privilegiado que puede comunicarse a través de la música, es hacerla sonar lo mejor posible: es un regalo que el mundo te da, tú debes corresponder con gratitud.

Tú no tocas, la música te toca, te hace vibrar y eso produce tu sonido.

Para ello tienes que divertirte estudiando, tienes que levantarte con ganas de tocar, tienes que ayudarte, no culparte, tienes que dedicar tu estudio al entrenamiento de tu ser para que deje salir la magia, cada nota que tocas es magia y hay que tomarla como tal.

Todo esto tiene una conclusión, al menos eso creo yo: cuando un día la música suena “bien” no has sido tú, cuando suena “mal” tampoco has sido tú, pero si no te premias cuando suena bien y no te castigas cuando suena mal, la música simplemente sonará, será magia y ésa es su condición primigenia. Si te preocupas por cómo suena, pierde su magia y su condición, no quiere decir esto que no “importa” como suena, quiere decir que el que te preocupes no hará que suene mejor, hará que se corte el flujo de creatividad y vitalidad al preocuparte por no fallar y hacer el ridículo: debemos permitirnos fallar, de hecho es “fallando” como hemos aprendido todo en la vida, si nos fijamos en los niños, ellos no hacen más que equivocarse, buscan maneras imposibles de hacer las cosas y a veces lo consiguen, son unos maestros del error. Y sin embargo aprenden.

Creo que hemos de replantearnos, como alumnos, intérpretes, profesores y personas el valor del error como herramienta de aprendizaje.

Hemos de ser como niños, disfrutar como niños, sentir como niños, maximizar todos esos procesos: piensa en cuando un niño te ve tocando, piensa en esos ojos, en la expresión de sorpresa. Imagina que cada día que tocas es el primer día de tu vida

haciendo música (o el último), vive esos momentos como si fueran los más importantes que nadie jamás haya vivido (esto se puede aplicar al resto de tu vida).

De cualquier manera, aparte de Bart, durante este año he profundizado y experimentado con todo tipo de técnicas destinadas a mejorar mi autoestima, autoconfianza y a clarificar mis metas y objetivos, en el apartado de bibliografía habrá una muestra representativa de ello.

El camino que queda es largísimo, pero será un placer recorrerlo y, además, no hay ninguna prisa.